

VI Jornadas de Historia Política. Argentina, siglos XIX y XX

¿Ciudadanos en la calle?

Violencia, virilidad y civilidad política en la campaña presidencial porteña de 1928

Marianne González Alemán

Marianne examina las expresiones que jalaron la campaña electoral de 1928 –“el plebiscito” de Yrigoyen- en ocasión de lo que fuera una súbita reactualización –al tiempo que una de sus perdurables cristalizaciones parciales- de los términos en que los argentinos hemos acostumbrado a nominar el conflicto político. Como la autora acierta en apuntar, la definición de los términos de la competencia política no era nueva, y lo característico de la coyuntura estaba determinado por la *superposición* de líneas de conflicto. El surgimiento del antipersonalismo en 1924 y las adhesiones de socialistas y conservadores polarizaron la elección no sólo entre dos sectores del radicalismo, sino en términos de yrigoyenismo y antiyrigoyenismo. Nada nuevo, pues, diría la autora, aunque mucho más profundo, dadas las circunstancias, y también, abusando como lectores de la omnisciencia, anticipatorio de otros “ismos” edificados en torno y en oposición a personalidades convocantes. La importancia de esta elección en la Capital Federal (“el centro de las cosas”) y la de las disputas en el “espacio callejero” son puestas de relieve e ilustradas mediante el recurso a una inspección empírica exhaustiva, fluidamente analizada en el nivel de los discursos y las prácticas políticas.

Lo primero que destaca de esta campaña es el dramatismo y la singularidad con que son representadas las opciones basadas en la construcción de un adversario en el que se depositan y al que se endilgan todos los significados opuestos a los que se enaltecen como propios. La “causa” revivificada en la persona de su viejo caudillo contra los réprobos cómplices de los estertores del “régimen”, el “contubernio” en el marco de una intolerante religión laica que se expresa en la lógica amigo-enemigo. Una dimensión interesante en la reconstrucción de los discursos y prácticas que hace la autora deviene del registro de la ineluctabilidad del triunfo. La victoria del *Salvador* es, pues, pronosticada como justa y necesaria, pero su carácter a la vez inevitable le da una fuerza adicional, permitiendo que su anuncio sea entusiasta y orgulloso de certeza. En oposición hay otro discurso y otras prácticas, al menos si consideramos que los reprobados de la Nación descalifican y

previenen contra la “tiranía”, y que todo parece esmeradamente compuesto en el relato de los blasones de raigambre auténticamente radical de los antipersonalistas. Ahora bien, se señala que algunos de los antipersonalistas más conspicuos, como el sanjuanino Cantoni, a la vez que criticaba los vicios yrigoyenistas, particularmente manifiestos en los términos más “llanos”, parecían oscurecer la virtud de sus partidarios en todo lo que de diferenciación con el carácter populachero del yrigoyenismo alegaban.

Dos preguntas se anticipan al final de la lectura: ¿Puede hablarse de “populismo” en los términos del discurso radical personalista de 1928 a la manera en que el periódico *La Calle* parecía expresar?. Podría pensarse que la contrapartida antipersonalista estaba, digamos, genéticamente condicionada a la manera en que, seguramente de modo exagerado y polémico, y en rigor sin posibilidad de comparación, hablara Nolte al aludir al carácter de “imitación reactiva” en tiempos de la “guerra civil europea”? Porque si esto fuera así tendríamos la posibilidad de extender este relato a las prácticas políticas argentinas en otros periodos, y si se tratase de una “interacción discursiva constituyente” seguiríamos hablando de la manera de definir un conflicto político, de una clave cultural cuyo rastro también podría seguirse pero que probablemente tendría más efecto sobre la nominación de la cosa que sobre la cosa en sí. *La cosa*, advierto, es nada menos que la Historia.

Otras cuestiones que emergen no como mero detalle y que sostienen la interpretación de la autora en el sentido de detectar la presencia de “virtudes” cívicas “viriles”, como la contundente evocación de Leopoldo Melo respecto de la “ encrucijada traidora y alevosa que constituye el cuarto oscuro”, ¿no pueden ser colocadas también como expresiones de un escepticismo republicano respecto de las consecuencias de la Democracia?. Pienso en Rodolfo Rivarola, aunque deberíamos verificar las fechas, y en todos aquellos que habiendo teorizado y bregado por la reforma electoral se habían desencantado de sus resultados y estaban próximos a soportar las consecuencias del “plebiscito” que prometía desviar más el árbol. Pienso no en la Nación de los radicales sino en *La Nación*, editorializando -según citamos alguna vez con Fernando Devoto y Marcela Ferrari- contra la democracia jacksoniana del Yrigoyen reelecto y el “connubio con las multitudes inferiores” que esto implicaba. La autora parece respondernos afirmativamente a esta cuestión sin que sea esta su pregunta en la lectura de la derrota de los “hombres libres” frente a “la plebe” que se expresaba, diría Melo, escondiéndose en la oscura traición del voto secreto.

Muy interesantes son los distintos apartados del texto, teniendo cada uno de ellos un sustento empírico sólido, “leído”, y no enmarcado, en la clave de una enunciación teórica de esas que sirven a los historiadores. Así ocurre con la definición de la violencia política que permite su

cuantificación, y luego con la explicación de buena parte de esa violencia en tanto “ritualizada” y, como tal, implícita en los códigos del enfrentamiento político.

Una obvia referencia debe hacerse a la noción de espacio político que está presente en todo el texto. El espacio porteño permite un engarce en continuidad historiográfica -y espacial- con los trabajos de Hilda Sabato y otros, en tanto y en cuanto que en los aprontes del plebiscito tanto la UCRP como la UCRA apelaron a un imaginario cívico que reconoce sus antecedentes en la “cultura de la movilización” republicana previa a la reforma electoral de 1912, particularmente evidente en los tópicos discursivos y en las prácticas asociadas al culto de un valor cívico “viril” que articula con menor complejidad que lo que podría suponer un lector no avisado con los ideales –no más republicanos pero sí más contemporáneos- de un comportamiento ciudadano moderado y respetuoso del adversario.

Espías, políticos y consejeros de cara a las elecciones del 18 de Marzo de 1962

Carlos Hudson

Esta ponencia constituye, en primer lugar, un ejemplo de utilización de una muy buena fuente, con todo lo que eso significa como posibilidad e incluso con los riesgos que implica. El tema, por otra parte, ha sido como tal bastante transitado, y Hudson logra darnos una visión de detalle de las fuentes de información con las que contaba –y que se procuraba- el presidente Arturo Frondizi en vísperas de la apuesta electoral de marzo de 1962. El artículo es, en este sentido, útil por la información que proporciona

En determinado momento y a fuer de referir distintas perspectivas derivadas de los informes de inteligencia y de otro origen (las lecturas “anticomunistas”, por ejemplo) el objeto del trabajo parece extraviarse. ¿Cuál puede ser la razón de esto?

Si tuviera que elegir un título para este breve comentario crítico apostaría por algo como lo que sigue: “Cuando el archivo vence al autor, por ser el primero demasiado bueno”. Esto nos pasa a todos, y acabo de encontrar una excelente excusa de porque dejé de visitar el archivo del CEN. Esta es, pues, mi principal crítica y, a la vez, la principal explicación que propongo para justificar los déficits del trabajo presentado.

Dicho esto tengo una pregunta relacionada con la fortaleza del trabajo que radica en las fuentes: se contrasta un rico cuerpo documental de “previsiones” (informes secretos, encuestas) con el de los resultados de la elección, y para esto último se elige el periódico *El Litoral*. ¿razones?. Sin pecar de centralistas, reparemos en que este también es un problema que solemos tener todos los que hacemos historia política. Si queremos mirar las provincias los medios “nacionales” (lo que es casi decir, capitalinos) descubrimos que éstos nos brindan poco en relación a las provincias. Pero a

veces, los medios provinciales nos hablan de un contexto más vasto, sobre el que –insisto, sin pecar de centralistas- difícilmente tengan la mejor información... Todo esto para preguntarte solo eso, ¿porque *El Litoral*?

Para volver al argumento:

“Ante esos peligros (el golpe gorila, y los menos creíbles golpes peronista o revolución socialista, esto último solo un factor legitimante de la presión militar como quizá no se haya subrayado suficientemente en el texto), el oficialismo juega la arriesgada carta de procurar vencer al peronismo en elecciones limpias”.

De acuerdo.

Podríamos decir que no es novedoso, pero también podemos decir que es honesto en la medida en que aporta información –y a veces muy buena información- a la hora de documentar la apuesta: las encuestas y, además, las operaciones de inteligencia del Gobierno con Torrado (para generar la autoproscrición) o con periodistas como Timermann o Barrios para difundir información falsa u oficiosa.

No sabemos si todas las operaciones (múltiples, del prolífico frondicismo) tenían que ver con un propósito determinado, ejemplo, la referida autoproscrición.

Tampoco si todos los gobiernos usan a los servicios de inteligencia de un modo tan obsesivo que hace pensar en las escuchas telefónicas al estilo de la Stasi en Alemania Oriental (recordemos, rápido, *La vida de los otros*), pero sí parece que no todos los gobernantes documentan sus actividades secretas del mismo modo en que Frondizi nos ha obsequiado a los historiadores.

Quiero hacer un comentario sobre la crítica de las fuentes que el autor hace en el sentido de asociar la falta de correspondencia entre previsiones y resultados a lo que el ejecutivo quiere oír de parte de sus informantes. En lo electoral, las previsiones no fueron tan erradas, y además debe considerarse la existencia de un fenómeno que durante mucho tiempo operó en relación al voto peronista, más “oculto” que otros, menos asumido en los sondeos de opinión, y solo verificable –diría Melo según se nos recordaba en el trabajo anterior- en la encrucijada del cuarto oscuro.

Y en realidad, creo que cabría introducir también alguna apreciación, o discusión, sobre si consideramos a las instituciones (no necesariamente solo a las representativas, sino por ejemplo, a cada arma) como un actor político, o si consideramos la concurrencia compleja de grupos de presión. Refiero aquí un capítulo de *Las fuentes del poder social*, de Michael Mann titulado “Culminación empírica en las trincheras”, como ejemplo lejano (tan lejano como la referencia a Nolte, en el comentario anterior) de la complejidad de tramas que lleva a cada actor político a apostar y decidir en un escenario por definición incierto. Quiero decir, ¿cuan complejo era el

frondicismo en sus líneas internas y hasta en la distribución de esferas de competencia administrativa a la hora de encarar la resolución electoral del “problema peronista”?

Historias de vida y trayectorias personales: un recorrido de militancia en la Concentración Nacional Universitaria (CNU) 1955-1976

Juan Luis Carnagui

Es el texto sobre el que menos tengo para decir, y no porque sea el que menos me interese. El tema, y en parte su tratamiento, prometen mucho más de lo que logra, aunque este juicio esté condicionado por el deseo del lector de conocer los mecanismos por medio de los cuales el personaje analizado devino en referencia obligada durante los años setenta.

Los miembros de CNU se fueron formando al calor de la radicalización del pensamiento de Disandro no sólo en el ámbito católico, sino también en otros espacios en los que participaba como el nacionalismo y en la universidad. Esto es parte de la promesa, de la sugestiva invitación al lector, pero cabe decir que es lo que no se documenta. Hay además en la ponencia, un problema de economía interna dado que prevalece una exposición extensa de las diferenciaciones del catolicismo pre y post conciliar, de por sí sumamente interesante e ilustrativa pero no vinculada directamente al análisis del tema. Mas allá de esto, y de la injusticia de reclamarle al autor sobre algo que a su lector inspira el título pero que no tiene porque ser lo que él ha querido hacer, prevalece el misterio –y con él la tentación- de develar por qué medios llegó Disandro a ser quien fue, es decir, no un reconocido filólogo ni un teórico del “sedevacantismo”, condiciones por las que difícilmente hubiera trascendido a la historia política mas afín a los trabajos que se presentan en estas jornadas y que reúne la página, sino el gestor del extraño pero operativo concepto de la “sinarquía” que tan funcional resultó a Juan Domingo Perón. El trabajo, pues, tiene mucho más desarrollada la primera parte que su promesa más o menos explícita en el título. El autor parece estar en condiciones de resolver este déficit ya que cuanta con destreza en el manejo de los documentos y, lo que no es menos importante, con la disponibilidad de los mismos.

